

# Los nombres de la luz o la conciencia del hombre y el universo

(Sobre un ensayo poemático de Fernando Centeno Güell)

Fernando Centeno Güell es un poeta en prosa y en verso, porque en ambos casos hay bello decir henchido de emoción. ¿Pero qué es lo que impresiona a este caballero de las letras? El hombre y su destino; la vida y la muerte y el tiempo; la rebeldía y la soledad y la angustia de la existencia; la comprensión del mundo y de Dios.

Su verbo fluye por esos meandros, siempre en busca de absolutos. Por eso su poesía es trascendente.

La figura central de este ensayo poemático es Pedro el pescador. Reproduce no al apóstol, sino la actitud de hombre adánico que, plantado ante el espectáculo del mundo, ha de asirlo y comprenderlo. Su mirada primigenia ante sus semejantes y las cosas encarna la avidéz con que todo hombre se incorpora a la vida.

El autor mismo divide su ensayo en dos porciones: en la primera, Pedro, en el alba del mundo, dialoga con otros seres humanos. En la segunda, ante la presencia de las cosas, ausculta el misterio; no habla, pero medita. Por fin, descubre la paridad que hay entre ellas y el hombre; descubre otros nombres de la luz: amor y esperanza.

El viejo simbolismo de la luz como vida, conocimiento y verdad suprema está inmerso a lo largo del escrito.

Al comienzo se nota la influencia del Génesis. Dios creó el mundo de la nada, con su sola voluntad expresa en palabra: "Sea la luz; y fue la luz. Y llamó a la luz día y a las tinieblas noche". Junto al existir, el nombrar, virtud creativa del verbo.

"Todo lo que es y todo lo que ha sido tiene nombre". Por eso está allí Pedro el pescador, junto al mar, en un amanecer paradisíaco, en que poco a poco, a salto de luz, van emergiendo formas, colores y sentidos.

¿No es la misma situación de cualquier ser que arriba a la playa de la existencia y tiene que conocerse a sí mismo, a los demás y a las cosas que lo rodean?

Pedro habla con los pescadores, con los Ciegos del Mar, y escucha a las Viudas, los Niños, las Mozas pescadoras. Así va cantando tristezas y alegrías del mundo. Le preocupa qué es el hombre, la muerte, la eternidad.

Se dirige a los pescadores y crea el simbolismo de los hombres gaviotas, por lo que éstos tienen de vida vegetativa, de vida absurda carente de esperanza. Seguramente esas gaviotas no han aprendido a soñar y se ven ancladas a la rutina de lo inmediato. En otro de sus ensayos —El hacedor de sueños— el poeta ha dicho: "El sueño es la patria, el destino del alma". Estas gaviotas aún no han encontrado la suya.

Los Ciegos del Mar no ven el mundo exterior. Mas tienen, como los ciegos de la literatura clásica de la Antigüedad, clarividencia interna. Entre las preguntas que lanzan a Pedro hay dos cuya respuesta será la clave de la sabiduría del hombre. Helas aquí:

"¿Has reído y has llorado con la risa y el llanto de los hombres?"

"¿Comprendiste la alegría o la pena que se oculta en el alma de las cosas?"

Indagan, pues, si ha descubierto la fraternidad con su prójimo y con la realidad íntima de las cosas.

Pero Pedro aún es ignorante. Ni siquiera sabe si las gaviotas, es decir, los hombres, lloran o ríen; tampoco sabe del alma de las cosas. Sólo tiene conciencia de que se muere viviendo. Se halla en el momento en que el hombre descubre que es un ser para la muerte.

Los Ciegos la ven como algo fatal: "...Seguro despertar de nuestro sueño", pero a la vez, "niebla que se transforma en luz". Como ellos son la sabiduría,

dicen mas adelante: "En el libro de las sombras, hay escritas palabras luminosas". Y agregan todavía: "Somos ríos que buscan en la noche su camino".

El mundo salta eternamente de la sombra al alba, de la oscuridad a la luz, pues "el universo es un círculo, y en el círculo, el principio y el fin se confunden", expresa El hacedor de sueños. Así el hombre va de su nada a su grandeza, de la ignorancia al saber, de la sombra a la luz. Del mismo modo vida y muerte se hallan superpuestas en la existencia de cada cual.

Diversas son las alusiones a la muerte. En la primera parte, además de la captación que de ella hacen los Ciegos del Mar, las Viudas la burlan un tanto, porque en sus hijos encuentran la prolongación de los padres, en virtud del amor. En la parte segunda tiene más trascendencia. Muere sólo la imagen de las cosas, piensa la Sombra de la Palmera, mientras las Aguas profundas, al comparar la sangre con la corriente que fluye hacia la muerte, exclaman que "morir es ser eterno". Es la realización de un destino.

La Sombra del Ave la mira como una privación: "Ausencia de luz y ala", y sólo el Viento revela que el hombre es una imagen que no muere: "Sólo cambia su tiempo de existencia". La esencia humana permanece la misma, aunque otros sean los hombres.

Volvamos a la primera parte. Pedro aún sin esperanza, preñado de amarguras, escucha a las madres Viudas; oye el canto de los pequeños, las ansiedades de las Mozas pescadoras y, múdase así el conocimiento que tiene del hombre: gaviotas no, hormigas diminutas cuyo camino puede ser variado por la Providencia, pero a quien ellas pueden dirigirse.

Segunda parte. Pedro en medio de la luz. Afina sentidos y entendimiento. Se halla frente a las cosas. Oye la voz de las Palmeras, Aguas profundas, Sombras, Viento, Ave. De esa relación se van desgranando uno y otros conceptos sobre el hombre, contradictorios los más, como sucedió con el tema de la muerte. Llama la atención que sean las cosas que reflexionan sobre el hombre y no éstas sobre aquéllas. Mas se trata de encontrar una vía para llegar al conocimiento de la esencia humana en un mundo donde las cosas tienen espíritu.

Elocuentes, las Palmeras muestran al hombre como un Dios en su barca, pero extraño a ellas, pues ha olvidado su hermandad con las cosas.

Las Aguas profundas ratifican que es un ser para la muerte cuya sangre es vida que corre hacia lo eterno que es el morir.

La Sombra de la Palmera analiza su existencia. Pedro comienza a percátarse de las semejanzas entre cosas y ser humano. Por eso exclama: "La Sombra como el hombre se piensa a sí misma". Como él, puede ser sujeto y objeto y buscar su propia identidad.

Luego oye Pedro que la libertad del hombre es tan relativa, que más bien resulta esclavo de ella. No puede desligarse de ataduras de diversa índole: ancestrales, morales, intelectuales. Sin embargo el canto —su creación poética— lo hará libre, le dará eternidad. "El canto del ave como el nuestro en las tinieblas seguirá viviendo". Canto, imagen, sombra, eso es todo acto creativo del hombre. Aunque las Palmeras creen que estas imágenes mueren, el Viento supone lo contrario. Las Aguas Profundas sienten que "allá en los senos de la tierra brotan nuevos trinos y canciones". ¿Posible? Sí, porque el universo cíclico permite el eterno retorno.

Al conjuro de la voz de cosas y cosas Pedro llega a la plenitud del conocimiento. Descubre la fraternidad con los hombre y con los objetos; descubre el amor y la esperanza; descubre que en la

vida de hombres y cosas —hasta en las más pequeñas— hay verdadera similitud. Aquéllos llevan su carga de agonía como el caracol arrastra sobre sí su casa y hasta los pececillos aguantan sobre sus lomos el peso del mar.

Ya la voz profética de Pedro, con arquitectura bíblica, sentencia: "En el alba, en el alba de ese día, afortunado es el hombre porque tuvo ojos y sus ojos conocieron la luz". La reminiscencia bíblica que dice, "quien tenga ojos que vea y quien tenga oídos que escuche", se cumple en Pedro dejándolo en posesión de la verdad. El tuvo ojos y oídos y llegó a la luz: vio, oyó, comprendió. Esa luz, acercamiento del hombre al hombre y a las cosas, significa amor y esperanza.

En Centeno Güell la influencia bíblica es decisiva; también una religiosidad pura, no sujeta a ningún culto. El contacto con la naturaleza lo lleva a servirse de elementos cósmicos y telúricos que producen una especie de animismo que circula por toda su obra. Sólo falta mencionar el aluvión romántico. Esto no quiere decir que el autor lo sea. En general, las formas expresivas de su obra se calcan estructuralmente en la frase bíblica

muchas veces, y otras, se acercan al lujo verbal modernista o simbolista.

Los románticos aceptaban la existencia de un alma universal que permitía la comunicación entre las cosas y el hombre. Al respecto afirma Novalis: "Cada movimiento del alma encuentra en la naturaleza su correspondencia y su símbolo". El pescador Pedro aprende a sintonizar el mundo y a descubrir ese mismo juego de relaciones.

He aquí otra coincidencia con el poeta alemán: "La vida es el principio de la muerte. La muerte es el fin y el principio al mismo tiempo". Tal paradoja cabe solamente dentro de una visión cíclica del universo y de la vida.

Los puntos de contacto que pueda haber entre la obra de Centeno Güell y otras tendencias culturales, ponen en evidencia cuán sensible es el poeta, y cómo en el contexto humano, a pesar de las distancias de espacio y de tiempo, de gusto y de nacionalidad, los artistas tienen siempre algo en común: la virtud poética de su palabra.

Licda. Virginia de Fonseca